

Deshielo

COLECCIÓN
Las Hespérides

LUCRECIA ZAPPI

Deshielo



La
Huerta
Grande

ESLES DE CAYÓN
2023

Título original:

Degelo

Traducción del portugués:

José Manuel Fajardo

© De los textos: Lucrecia Zappi

Madrid, noviembre 2023

Edita: La Huerta Grande Editorial

Serrano, 6 28001 Madrid

www.lahuertagrande.com

Reservados todos los derechos de esta edición

ISBN: 978-84-18657-45-0

D. L.: M-27769-2023

Diseño de cubierta: La Huerta Grande, *Retrato de Leonor Álvarez de Toledo*, Agnolo Bronzino

Imprime: Gracel Asociados, C/ Valgrande 15, nave 2. 28108 Alcobendas, Madrid

Impreso en España/*Printed in Spain*

Para la impresión de este libro se ha utilizado papel con certificación FSC, ECF y PEFC

para Benjamin

Los extranjeros son nuestra mitad
partida hace mucho tiempo

(nawa kuin nukun bais xateni)

Parte 1

HUESOS

Tomábamos el desayuno en el restaurante del hotel en Praga, un año antes de mi reencuentro con Eleonora en Nueva York. Max y yo estábamos en medio de una gira por Europa, él pianista y yo pasadora de páginas. Éramos como una rueda girando dentro de otra, decía él, y en Praga ese engranaje no sería diferente.

Sin apartar los ojos del diario, Max me preguntó por qué no me iba a pasear un poco. Voy a ensayar todo el día, siguió explicando, aunque bien que me gustaría visitar la galería Národní. Tiene unos cuadros importantes de Bronzino.

En las diversas ocasiones en que habíamos circulado por la colección Frick en Nueva York, Max siempre se las apañaba para toparse con el retrato de Ludovico Capponi. Como si fuese un amor a primera vista, se quedaba plantado frente al dandi de mirada altanera rodeado de verde esmeralda. Para mí, había algo desequilibrado, ligeramente deforme, en aquella pintura de 1550. Sinceramente, no entendía la fascinación de Max por Bronzino.

El cuadro de aquí, en Praga, fue hecho poco antes del que está en la Frick. Siempre es interesante comparar. Es la pintura de una mujer.

Siempre es interesante comparar, repetí.

Aprovecha que estás en Praga. Yo tengo que repasar a Chopin. ¿Sabes en lo que estaba pensando para el bis, si lo hay? En Villa-Lobos.

Rudepoema.

Pero es muy largo y complicado.

Siempre lo dices.

Un día de estos encajo la pieza en algún programa, tal vez así sea mejor, ¿no? En homenaje a ti.

Sería lindo, Max.

Bueno, sweetheart. Voy a concentrarme en Chopin. Salgo para el teatro en breve, pero al final del día estaré de vuelta para cambiarme. Hasta más tarde, pues.

Max se inclinó para besarme las dos mejillas. Cada vez que lo hacía, era con medida delicadeza, como si pusiera a prueba su propio equilibrio al imprimir dos marcas en un rostro ajeno.

Me quedé en mi cuarto respondiendo e-mails de Max y olvidé la pintura. Sólo a la tarde me acordé de salir del hotel, para dar una vuelta.

Fui caminando hasta la plaza del museo, y allí me indicaron un curvo callejón de adoquines, que llevaba hasta la entrada.

Pagué el tique y seguí la dirección señalada por la mujer de la caja. Por ahí, apuntó con el dedo, y después de pasar el patio interior que se prolongaba en un jardín descuidado, jalonado por estatuillas, comencé a subir la escalinata adosada al edificio. En el entresuelo, me sorprendió una puerta que parecía reservada a los empleados. Estaba cerrada y el pomo era pequeño y corriente.

Decidí abrirla y, tras pasar por varias salas vacías, pregunté al único guarda que vi dónde estaba expuesta la pintura. Me dijo que torciera a la izquierda, y me di de bruces con dos cuadros de Bronzino. Cosimo de Medici y al lado, a la derecha, su mujer, Eleonora. Eso indicaban las placas.

Imposible, pensé. El cabello color cobre y la mirada intensificada por el blanco debajo del iris eran idénticos a los de la

persona que yo había conocido en São Paulo. Y el nombre era el mismo. Hasta la ropa bordada con perlas como cuentas sacaba a la luz cierto espíritu rebelde de Eleonora. En Praga, sin embargo, yo no reparé todavía en las perlas como cuentas, ni supe anticipar a la joven de carne y hueso que iría a visitarme en Nueva York, pero me quedé obsesionada con aquella expresión que no se dejaba materializar, tal vez por lo estudiado de la pose, por los excesos de la ropa, por el brillo de los anillos.

Fue Max quien me lo dijo después. Aquella mirada, con el blanco expuesto entre el iris y el párpado inferior, era algo que los japoneses llamaban sanpaku, o “tres blancos”. Un indicador de que quien la portaba estaba destinado a un final trágico, así como a una vida difícil.

Cuanto más permanecía frente el cuadro, más iba percibiendo que mi asimilación del pasado había sido una fantasía, o que las cosas no estaban tan resueltas. El recuerdo de la noche en que salimos juntas comenzó a aflorar y eso me fue angustiando.

Vinieron las lágrimas, los sollozos ahogados, hasta que no conseguí contenerme más. Lloré como una niña frustrada, y el guarda del museo se me acercó. Puso la mano sobre mi hombro, ofreciéndome enseguida agua y algunas palabras en checo.

Mientras yo sostenía el vaso de plástico, esforzándome en tranquilizarme, el hombre permaneció a mi lado, tal vez sorprendido por el efecto de la pintura. Era, a fin de cuentas, unas de las obras destacadas. Volvió a apoyar la mano sobre mi hombro y yo asentí con la cabeza. Se alejó con su andar pesado.

Nuevamente estaba a solas con Eleonora. Mi atención se hundió en las pinceladas sobrepuestas de azul cobalto en el fondo del cuadro, color que invocaba un ruido crepuscular, como un cielo de insectos. Al poco, el azul de la pintura volvió a ser

sólo azul. Era espeso como las lágrimas que se secaban sobre mi piel tensándola, y la sensación de estar en un sueño fue acompañando mi rostro con el de ella. Ahora Eleonora era una mujer serena, o parecía serlo.

Salí del museo intentando entender por qué Max había insistido en que viera la pintura. No sería sólo por amor al manierismo. Por la mañana necesitaba sus horas de estudio, y ambos sabíamos que esa necesidad era mayor en día de concierto, para hacer los últimos ajustes.

Max expresó también su deseo de un dulce que había probado la última vez que estuvo en la ciudad, caso que lo encontrara en mi camino.

Trdelník, ese es el nombre, dijo él, frotando los dedos para describir el azúcar espolvoreado por encima. Es un panecillo dulce como un *spit cake*, enrollado en una brocheta de madera y calentado en el momento.

Siempre he tenido un apetito de muchas camadas, rio Max, desviando la mirada. Es uno de mis pequeños placeres, confesó, encogiéndose de hombros, transformándose él mismo en un diminutivo.

Me había quedado asistiendo al azoramiento de Max, que se tapaba ligeramente la boca al hablar, como si admitiese haber cometido una pequeña trasgresión. Él adoraba hacer pasteles clásicos, como el *red velvet* o *el angel food*, y era capaz de pasarse horas en la cocina, probando recetas de todo tipo para comentarlas por teléfono con su madre, que trabajó la vida entera en el *diner* del tío, en Lower East Side.

Descendí la amplia escalinata, sin avistar al guarda. Recorrí el callejón que llevaba del museo a la explanada abarrotada de turistas, deteniéndome antes en la tiendita de la entrada para

comprar una tarjeta postal que vi en la vitrina, con el retrato de Eleonora de Toledo. Sólo tenía cabeza para el concierto, y la impresión de llegar tarde.

Max entraría en el escenario unos pasos por delante, para que los aplausos y los flashes recayeran sólo sobre él. Ser invisible era parte de mi trabajo, y eso hasta me gustaba. Protegida por su sombra, me sentía más libre. Asistía a la actuación de un gran artista, mientras esperaba las señales de su cuerpo, pequeñas órdenes discretas para pasar página.

Los puestecitos de comida estaban en la esquina de la plaza y la vista panorámica de la ciudad me atrajo. Quise quedarme un rato más, pero un taxi, a unos pocos metros, estaba dejando a una mujer. Le hice seña y le pedí que me esperase. Compré el *trdelník* enrollado en azúcar, que el hombre del puesto me entregó con el cuidado de quien entrega a un hijo recién nacido. No lo puede tapar. Si no, se desbarata, me avisó. Entré en el auto y di la dirección del hotel.

Durante el concierto pasé dos páginas de la partitura a la vez. Estaban pegadas y no me dio tiempo a soltarlas. Nadie lo notó, porque Max siguió adelante. Era una pieza que conocía tan bien que ni siquiera me necesitaba cerca, concluí después. Una vez le oí decir que todo artista tenía sus supersticiones, y que yo era una de ellas. Sólo me mantenía a su lado para que todo saliera bien.

Aun así, en la cena, seguía dándole vueltas a cómo disculparme. Me sentía tan incómoda que no sabía qué decir. Tampoco quería aceptar que aquel tropiezo estuviera relacionado con el descubrimiento de la pintura horas antes, aunque todo aquello era en parte por causa de Max, él había sido quien me sugirió ir al museo.

Disculpa, Max, lo siento mucho.

Max me miró como si no supiese de lo que le hablaba. Reaccionaba así cuando estaba irritado, con una frialdad que imponía distancia. Mucho qué, sweetie. Salud, y alzó la copa, indiferente.

Tú sabes qué, Max.

Qué.

No, deja.

Soy todo oídos.

¿Por qué me sugeriste que fuera al museo?

¿Estaba tan a trasmano?

No.

Porque pensé que sería instructivo para ti.

¿Por qué instructivo? ¿Por ver cuadros manieristas?

¿No tenías una amiga llamada Eleonor... Eleonora?

No sabía que te acordabas de su nombre.

Está bien, fuiste al museo y no te gustó, eso pasa. Ahora hazme otra pregunta.

Bien... ¿Qué hiciste por la tarde cuando me fui al museo? Porque intenté llamarte a tu cuarto y al teatro, sólo para invitarte, caso de que estuviera cansado del piano.

¿Yo? Intenté estudiar, pero no pude.

No querías ir al museo conmigo.

Claro que sí, pero de repente preferí otro tipo de distracción. Fui a una de las saunas gloriosas de la ciudad.

Para conocer mejor a los chicos de Praga.

Exacto, sweetheart, dijo él en el restaurante, tomando mi mano para besarla, y llenó de inmediato las copas con más champagne. Quiero estar contigo todo el tiempo, en todos los viajes. Lo que ocurrió, es algo que pasa. Las páginas se pegan. Pero, sólo por curiosidad, ¿qué te parece el ejecutivo checo?

El sujeto delgado sentado enfrente de Max usaba una camisa de seda negra y hacía girar en el sentido del reloj su copa llena.

Antes de llevársela a los labios, arañó los arabescos del cristal de Bohemia y me dirigió una sonrisa fina.

Prefiero el ejecutivo que se sentó a tu lado en el avión.

Ah, te diste cuenta.

No, reí yo. No vi nada.

Max y el pasajero habían intercambiado algunas palabras durante el despegue, y antes de dormir reparé que compartían manta por debajo de las mesitas plegables.

El hecho de que Scott, su novio desde hace mucho, se quedara a menudo en Nueva York por miedo a volar, simplificaba la vida de Max y sus aventuras con otros hombres. Aun así, él sentía necesidad de justificarse. Ya fuera por medio de un brindis o de un besito galante en mi mano. A pesar de mi fallo durante el concierto, Max había tocado bien y estaba de buen humor.

Pregunté a Max si quería respirar un poco después de cenar. Todavía hacía calor en septiembre y respirar significaba para él dar una vuelta. Esquivando los huecos de la acera de adoquines, me desahogué con voz quebrada y disconforme, intentando explicarle que no podía hacerse idea de cuánto me alteraban los recuerdos relacionados con Eleonora.

Le conté con detalle la partida hacia la plaza del museo con el conductor del hotel y dónde me bajé, en frente de una estatua con un mirador. Vi anunciado el museo Národní, eran varios edificios, pero el palacio de Sternberg me llamó la atención por estar situado al final de una estrecha callejuela empedrada. Compré la entrada, subí un tramo de escaleras, y sin saber aún adónde dirigirme, entré en el entresuelo. La puerta pequeña se cerró detrás de mí y mientras caminaba sólo oía mis pasos sobre el suelo de madera. Parecía que estaba sola. Caminé por una, dos, tres salas, hasta llegar a las ventanas, donde vi a un guarda

de seguridad, que me saludó en checo. Él me señaló el único camino posible, a la izquierda.

Antes de terminar el relato, Max me preguntó si el descubrimiento realmente me había incomodado.

Fue aterrador, exclamé.

Lo que me llevó a lo inevitable. A dónde iría ella, y a lo que estaría haciendo. Y a cómo habría sobrevivido a lo que yo sobreviví. Mientras estuve detenida, trabajé con la ayuda de psicólogos y de trabajadores sociales sobre esa existencia paralela, la de Eleonora, y sobre cómo la integraba yo en otro lugar, casi como si fuera una imagen duplicada de mí misma. Vete a saber qué significaba eso. Lo miré.

Esa noche le pedí dormir en su cuarto y él se rio. Dijo que de ninguna manera, él roncaba mucho y, peor aún, había olvidado su máquina CPAP, que le ayudaba a respirar.

Para qué más oxígeno, bromeé.

Debían ser las seis de la mañana cuando el teléfono sonó en mi cuarto. Max me convidaba a un café en su terraza. Tomé un baño rápido, me puse un pulóver y subí dos pisos.

Max se arreglaba la barba cuando entré. Consideré si tenía suficiente intimidad con él como para sentarme en su cama con el pelo mojado. Me serví café y apoyé la cabeza en mi mano mientras él terminaba de extender la espuma blanca desde la oreja hasta la barbilla. Mirándose en el espejo, pasaba la hoja despacio, como una máquina cortacésped que siguiera el dibujo del rostro. El agua caliente seguía corriendo. Desde la cama, yo veía el vapor que emergía del lavabo.

Se volvió hacia mí. Ya traerían los panes, y me preguntó si había dormido bien. Luego me dijo que habíamos sido invitados a la final de un campeonato de tenis. La Laver Cup. Pregunté si la invitación venía del ejecutivo. El chico-anuncio del cristal de Bohemia.

Max rio. Sí, del flacucho principesco del otro lado de la mesa.

Después de Praga pasé dos semanas prácticamente sin dormir. Comprendí que Eleonora nunca había dejado de ser una sombra sobre mi vida. Brotaba del pasado como agua fresca y las pinceladas controladas de Bronzino sólo intensificaban esa impresión.

Lo curioso era que, antes de Praga y durante más de cinco años, yo no había estado obcecada con la imagen de aquella pelirroja de mejillas rosadas, la vecina de mi novio, parada en el portal al final de la tarde. Pensaba en Eleonora cuando me encontraba con alguna noticia suelta en Internet, pero yo diría que con un distanciamiento saludable. Hasta el momento en que encontré el retrato de Praga. Quería que esa pintura reflejara lo que yo tenía por bien resuelto en mi vida, pero lo que me venía era la memoria cruda y palpitante de la Eleonora de años atrás, y eso empezó a atormentarme.

Como dos láminas transparentes de anatomía humana, sentí la urgencia de colocar una imagen sobre la otra. Esa asociación de las dos Eleonoras se volvió una necesidad para poder seguir adelante.

Cierto día, en Long Island, estaba mirando las olas batir con fuerza. Me quedé oyendo la música del agua y observando el movimiento del mar, que no se repetía nunca. El agua se extendía sobre la arena en capas, como dos manos acariciándose, ligeramente desajustadas.

No sabía cómo justificar el regreso de Eleonora a mi vida, pero algo se había desatado en mí. Pensé en enviarle la tarjeta postal que había comprado en el museo. Sería un gesto más físico que el de enviar un e-mail, así que puse la tarjeta en un sobre y le pedí a Max que él fuese el remitente.